

Dom
8 Feb

Homilía de Domingo quinto del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!”

Introducción

Jesús y Pablo se muestran en la liturgia de hoy como personas incapaces de guardar para sí mismos su experiencia de Dios. Le perciben tan comprometido y cercano con ellos, tan bondadoso y dador de felicidad, que se sienten urgidos a compartir con otros su fe y su esperanza. Son hijos amados, pero también testigos y mensajeros.

Saben lo que hay de Job en cada persona golpeada por el sufrimiento, la soledad y la desesperanza. Escuchan los lamentos doloridos y no cierran sus oídos ante ellos. Su escucha fraterna se hace palabra convencida acerca del Padre que no nos abandona.

Jesús, Pablo, cualquier cristiano... hemos venido para anunciar el Evangelio, con nuestras palabras y con nuestros compromisos.



Fray Fernando Vela López
Convento Virgen del Camino (León)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Job 7, 1-4. 6-7

Job habló diciendo: «¿No es acaso milicia la vida del hombre sobre la tierra, y sus días como los de un jornalero?; como el esclavo, suspira por la sombra; como el jornalero, aguarda su salario. Mi herencia han sido meses baldíos, me han asignado noches de fatiga. Al acostarme pienso: "¿Cuándo me levantaré?" Se me hace eterna la noche y me harto de dar vueltas hasta el alba. Corren mis días más que la lanzadera, se van consumiendo faltos de esperanza. Recuerda que mi vida es un soplo, que mis ojos no verán más la dicha».

Salmo

Salmo 146, 1-2. 3-4. 5-6 R. Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados.

Alabad al Señor, que la música es buena; nuestro Dios merece una alabanza armoniosa. El Señor reconstruye Jerusalén, reúne a los deportados de Israel. R/. Él sana los corazones destrozados, vende sus heridas. Cuenta el número de las estrellas, a cada una la llama por su nombre. R/. Nuestro Señor es grande y poderoso, su sabiduría no tiene medida. El Señor sostiene a los humildes, humilla hasta el polvo a los malvados. R/

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 9, 16-19. 22-23

Hermanos: El hecho de predicar no es para mí motivo de orgullo. No tengo más remedio y, ¡ay de mí si no anuncio el Evangelio! Si yo lo hiciera por mi propio gusto, eso mismo sería mi paga. Pero, si lo hago a pesar mío, es que me han encargado este oficio. Entonces, ¿cuál es la paga? Precisamente dar a conocer el Evangelio, anunciándolo de balde, sin usar el derecho que me da la predicación del Evangelio. Porque, siendo libre como soy, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más posibles. Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles; me he hecho todo para todos, para ganar, sea como sea, a algunos. Y todo lo hago por causa del Evangelio, para participar yo también de sus bienes.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1, 29-39

En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a la casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, e inmediatamente le hablaron de ella. Él se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar. Se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron en su busca y, al encontrarlo, le dijeron: «Todo el mundo te busca». Él les responde: «Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido». Así recorrió toda Galilea, predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios.

Pautas para la homilía

Las lecturas de este domingo tienen a primera vista muy poco en común. Hay, no obstante, una categoría unida a la praxis de Jesús y de la comunidad cristiana que las ponen en relación: la predicación, el anuncio del Reino, que es la tarea de toda la vida del Señor y de sus seguidores. Un anuncio que es palabra, pero sin olvidar que esa palabra se hace creíble mediante signos eficaces de libertad y solidaridad.

“Vamos a predicar, que para eso he venido”

En los primeros momentos de su misión Jesús debió estar expuesto a varios baños de multitudes. Los evangelios cuentan algunos de ellos. Ese “todo el mundo te busca” que le dicen Simón y sus compañeros debe reflejar algo de ello. Le buscan porque les resuelve problemas y dificultades. Y cuando “la población entera se agolpaba a la puerta” es fácil dejarse atrapar por la necesidad y también por el éxito y el halago.

Jesús recibe la noticia reclamando su libertad, pero no para huir del agobio sino para ir a predicar a otros lugares. Libre no para rehuir su misión sino para poder realizarla. Para eso ha venido a Galilea y, más radicalmente, para eso ha venido al mundo.

Ni siquiera el bien que hace a las personas con las que se encuentra debe desdibujar su misión. Jesús ha venido, ante todo, para anunciar el Reino y para dejar ver que el Reino, la cercana y fiel apuesta de Dios por los hombres, ha llegado con Él y en Él.

“Ay de mí si no anunciara el Evangelio”

Este vivir para anunciar es un legado que Jesús ha dejado a los suyos. Pablo expresa muy bien su condición de seguidor de Jesús: le contempla y le agradece haberle conocido pero, sobre todo, se siente urgido a darle a conocer a otros. Ese “ay de mí” indica que la predicación para el cristiano no es un oficio al que se dediquen unos pocos profesionales: es una urgencia interior. Me importa sobremanera hacer llegar a los demás lo más valioso que he recibido: la fe en el Evangelio de Jesús, en su palabra reveladora, en sus gestos compasivos, en definitiva en su persona que me permite vivir con sentido y esperar sin temor a verme frustrado.

Cada cristiano no es un receptor pasivo de la predicación de otro. Si realmente su fe está moviendo su vida, si su fe le está haciendo feliz, desea contarla. Todo cristiano es un apóstol.

Una predicación que las circunstancias sociales y culturales hace a veces difícil y costosa. Como Pablo muchos pueden, podemos, decir que “lo hago a pesar mío”. Porque dudan, dudamos, de cómo anunciar, porque desanima que el anuncio no sea recibido, porque nos humillan las distancias entre lo que anunciamos y lo que de hecho vivimos, como personas, como comunidades y como institución.

Pero nada de ello justificaría el silencio del seguidor de Jesús, del apóstol, del predicador. Más aún, son circunstancias que muestran hasta qué punto anunciamos “de balde”, desde la gratuidad, de aquello o, mejor aún de Aquél, que se nos ha revelado y nos ha seducido.

Con signos de la llegada del Reino

En los evangelios hay muchos vestigios de milagros de Jesús como los que narra Marcos en el fragmento leído hoy. Vestigios de un modo de actuar que no debemos poner en duda.

Aunque lo más importante es saber por qué Jesús actuó así. ¿Qué buscaba con esos milagros? Lo confesó él mismo: mostrar que el Reino de Dios ha llegado a vosotros (Mt 12,28).

No pretendió deslumbrar con poderes ocultos, ni acumular fama de milagrero y prestigio entre la multitud, sino significar lo que anuncia con su palabra y con su modo de vivir: que Dios es un Padre bondadoso que se commueve ante los sufrimientos de sus hijas e hijos; que Dios no causa el mal sino que reacciona con compasión y solidaridad con quienes lo sufren.

Jesús sabe bien que en el corazón de cada persona que sufre y está poseída por espíritus que la amenazan y la inquietan hay un Job al que atormenta que “sus días corren más que la lanzadera y se consumen sin esperanza”.

La predicación para Jesús, más que palabra que ilustra es palabra que cura. Sus milagros son signos que dan fe de la veracidad de sus palabras.

Con ellos nos muestra también a nosotros hasta qué punto sin gestos de compasión solidaria la palabra de los cristianos es sólo doctrina. Y no salva la doctrina, sino el amor.



Fray Fernando Vela López
Convento Virgen del Camino (León)

Evangelio para niños

V Domingo del tiempo ordinario - 8 de febrero de 2009



Curación de la suegra de Simón

Marcos 1, 29-39

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y se lo dijeron. Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y poseídos. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar. Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron y, al encontrarlo, le dijeron: - Todo el mundo te busca. El les respondió: - Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he venido. Así recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando los demonios

Explicación

Durante unos años Jesús recorrió los pueblos de Galilea haciendo, sobre todo, dos cosas: anunciar la bondad y el cariño de Dios Padre, y librarse a las personas de todo mal que pudiera afectarlas. En el evangelio de hoy se dice que sanó a la suegra de Pedro, curó a muchos enfermos y estaba siempre disponible para atender a cuantos le pedían ayuda. Y además siempre encontraba algún rato para estar con su Padre Dios y mantener con él una relación estrecha y cariñosa, porque eran uña y carne.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. De camino comentaban.

SANTIAGO: No olvidaré nunca lo que hizo Jesús en la Sinagoga.

JUAN: Yo tampoco lo olvidaré ¡Hasta el Rabino dio gracias a Yahvé!

SANTIAGO: ¡Está claro que Jesús es el más grande!

JESÚS: ¡Basta ya, Santiago, sólo es grande Yahvé!

JUAN: Pues para nosotros tú eres el mejor

SANTIAGO: Y para nuestros amigos también. ¿A que sí..., a que Jesús es el mejor?

NARRADOR: Entretenidos en tal conversación llegaron a la casa de Simón.

SIMÓN: ¡Bienvenidos a mi casa, amigos!

JUAN: ¿Y tu suegra, Simón? Nos han dicho que estaba enferma.

SIMÓN: Es verdad, lleva muchos días con fiebre y no le baja.

NARRADOR: La buena mujer al oír que había llegado Jesús, se levantó.

PEDRO: Madre, no sé por qué te levantas, seguro que te pondrás peor.

SUEGRA: ¡Déjame, hijo! quiero ver a Jesús.

JESÚS: Me alegro mucho de verte. ¿Cómo te encuentras?

SUEGRA: Bastante mal, Jesús, pero me gusta estar contigo.

JESÚS: Lo sé. Ahora escucha: tu enfermedad ha desaparecido.

SUEGRA: ¿De verdad?... ¡Es cierto! ¡Estoy muy bien! ¡Gracias, gracias, Jesús!

JUDÍO 1: ¡Maestro! ahí fuera hay mucha gente que desea hablarte.

JESÚS: Diles que pasen

NARRADOR: Jesús curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios.

JESÚS: Todos estáis curados. ¡Id en paz!

SUEGRA: Es muy tarde, Jesús. ¿Por qué no descansáis un rato?

JESÚS: Sí, está bien, descansaremos un poco.

NARRADOR: Y Jesús se retiró a orar.

JESÚS: ¡Gracias, Padre, por todo lo que me das! Por los amigos y la alegría de los enfermos. Sé que me quieres mucho. ¡Gracias, Padre!

NARRADOR: Jesús se levantó de madrugada y los discípulos le suplicaban que se quedara más tiempo, pues la gente y los enfermos acudían de todas partes. Jesús les respondió:

JESÚS: ¿Aún no habéis entendido nada, amigos? He venido para ayudar a todos, no a unos pocos. Vámonos de aquí.

NARRADOR: Recorría la comarca, predicaba en las sinagogas y expulsaba los demonios.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández